

PUBLICACIONES *Cinema*

50
CENTIMOS



ANNY ONDRA
Hans Shonker
en

*Una semana
en la luna*



Una semana en la Luna

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

PRODUCCIÓN

KRUGER · ULRICH

DIRIGIDA POR

KARL LAMAC



PELICULA



DISTRIBUIDA POR

ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

Provenza, 273

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

ANNY ONDRA

HANS SHONKER

ADELE SANDROCK

RUDOLF PLATTE

CARSTA LOCK

UNA DIVERTIDA COMEDIA!

UNA ARTISTA EXCEPCIONAL!

UNA MARCA DE CALIDAD!

U. F. A.

TALLERES GRAFICOS
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

UNA SEMANA EN LA LUNA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

Ingeborg amaba a Juan y Juan amaba a Ingeborg. Ambos eran jóvenes, atrayentes, simpáticos... y solteros. No les separaba ningún odio de familia semejante al que reinó entre Capuletos y Montescos y que tantas sublimes tonterías hizo cometer a Romeo y Julieta, los amantes inmortales. Ante tal cúmulo de circunstancias favorables no quedaba otro remedio que casarlos. Así se hizo y era precisamente para celebrar tan fausto acontecimiento para lo que se habían reunido aquel día en casa de los padres de Ingeborg los parientes e invitados a la boda y se disponían ahora a dejarse retratar rodeando a la feliz pareja; ella, ataviada con su magnífico vestido de desposada; él, elegantísimo dentro de su frac de corte irreprochable.

Pero el fotógrafo que debía sacar el histórico retrato, no era un profesional, sino el padre de Ingeborg, y el padre de Ingeborg tenía un solo defecto: el de querer dedicarse al arte de la fotografía cuando Dios le había llamado por cualquier camino menos por aquel. Una inofensiva máquina de fotografiar se convertía en sus manos, por obra y gracia de su inexperiencia, en un arma temible. ¡Cuántas veces había «decapitado» a las personas que se habían prestado e dejarse retratar por él, dejándose la cabeza de los fotografiados fuera de la máquina!

Ahora, después de media hora de tenerlos en «pose» a todos, en el momento álgido, el trípode de la máquina se había portado mal y no había modo de sacar la fotografía. Los novios, cansados de aquella espera inútil, habían roto el grupo, y la rubia y gentil Ingeborg se había ido a su cuarto a desvestirse para ponerse un traje adecuado al viaje que iba a emprender aquella misma noche con su marido, viaje de luna de miel que ella aseguraba iba a durar toda la vida...

Mientras los invitados bebían y bailaban alegremente a la salud de los novios, la madre de Ingeborg ayudaba a su hija a hacer su tocado, y al mismo tiempo iba deslizándose en su oído los sanos consejos que le dictaba su buen criterio.

—Hija mía, el matrimonio puede resultar un cielo... o un infierno, según como emprenda uno la vida de casado desde el comienzo. Sigue mis consejos y serás feliz, como lo he sido yo con tu padre. No te dejes dominar por tu marido. Desde el primer momento imponle tu voluntad o estás perdida. Si te vé sumisa y obediente, dispuesta a someterte a sus caprichos, no podrá resistir el instinto de dominación propio de los hombres y se convertirá en un tirano...

Entretanto, allá en el salón, el padre de Ingeborg, el fotógrafo «amateur», se había llevado aparte a su flamante yerno y le estaba dando los consejos que le dictaba su amarga experiencia.

—¡Hijo mío! Permites que te llame así, ¿no es cierto? Acabas de entrar en el seno de nuestra familia y me creo obligado a guiarte un poco por el camino que te dispones a emprender. Ingeborg es una muchacha excelente, te quiere mucho, es bonita, buena, en fin, ¿para qué voy a decirte más? Yo soy su padre y tú eres su marido. Ambos estamos locos por ella. Pero temo que en ciertos rasgos de su carácter haya salido a su madre y... ¡Dios te guarde si te dejas dominar por ella! Estarás perdido, perdido para siempre. Tú sabes que en esta casa yo no he llevado nunca los pantalones. Ya se ha encargado de esto mi mujer... Pues bien, si no quieres terminar como yo, trata de imponer tu voluntad

desde el primer momento. Domínala, hazle sentir tu superioridad de varón... A las mujeres les gusta casi siempre sentirse dominadas...

Un momento después la feliz pareja se hallaba a solas en la habitación de Ingeborg. Ambos estaban decididos a seguir los sanos consejos que acababan de recibir de los progenitores de la recién casada. Había que asegurar la felicidad futura mediante un acto enérgico desde el primer momento...

Ingeborg estaba tan linda que su marido clivó unos instantes sus propósitos de dominación para contemplarla extasiado y besarla repetidamente. Sólo al coger entre las suyas una de las blancas y delicadas manos de su mujercita, hizo un gesto de desagrado. Ingeborg llevaba las uñas pintadas de un rojo tan rabioso, que forzosamente había de ser de aquel que un perfumista dotado del sentido del humor calificó una vez con el título evocador de «Après le crime».

—Ingeborg querida, permíteme que te haga una pequeña observación. No me gustan tus uñas así pintadas. Para ser sincero, te diré que no me gustan pintadas de ninguna manera.

Los tentadores labios de Ingeborg se plegaron en un mohín desdenoso. Ya estaba allí el dominador, ya estaba allí el hombre de las cavernas, dispuesto a imponerle su voluntad, a decirle «yo mando» desde el primer instante. ¡Ah! Pero ella no se dejaría dominar, no, no y no...

—Considero un capricho estúpido esto de pretender que no me pinte las uñas. Me las he pintado siempre y no voy a cambiar ahora...

—No es un capricho, sino una orden. No me gustan las uñas pintadas.

—¡Pues a mí, sí...!

—¡Pues a mí, no...!

Un cuarto de hora después, hartos de discutir sobre el mismo tema sin ponerse de acuerdo, estaban los dos furiosos el uno contra el otro. Ingeborg había tomado el partido de hacer una pataleta y allí estaba tajeando el suelo con sus lindos zapatos y chillando a voz en cuello:

—Me pintaré las uñas porque me da la gana; sí, señor; sí, señor; sí, señor...

Interrumpió la escena la entrada de una doncella portadora de una caja de cartón, que depositó sobre una silla. Se trataba del obsequio de una de las mejores amigas de Ingeborg que vivía en una población vecina y que no había podido asistir a la boda. Ingeborg abrió la caja convencida, de antemano, de que el presente sería algo extraordinario. En efecto, así era. Se trataba de un perro, un chucho magnífico, negro, pequeño, un verdadero sol. La joven lo sacó de la caja, lo levantó en brazos alborozada, como si se tratase de un bebé, y se lo mostró a su marido.

—¡Mira, Juan, mira qué encanto, qué ricura! Ana me lo regala. ¡Míralo, míralo qué gracioso...!

—Sí —repuso el marido—, es una verdadera monada, pero supongo que no pretenderás llevártelo de viaje con nosotros.

—¡Claro que me lo voy a llevar! ¡Pues no faltaba más! El perro irá a todas partes donde yo vaya. Para esto me lo han regalado.

—Pues yo te digo que el perro se quedará aquí a esperar tranquilamente nuestro regreso.

—El perro vendrá con nosotros.

—Si te atreves a hacer esto, lo tiro por la ventanilla.

—¡Verdugo! «¡Perricida!» ¿Es así cómo pretendes ganarte la voluntad de tu mujercita?

Media hora larga estuvieron discutiendo marido y mujer, empeñados ambos en no dar su brazo a torcer, hasta que Ingeborg decidió apelar de nuevo al pataleo. Pataleando habría permanecido hasta el día siguiente, si no hubiese llegado la hora de ir a la estación. Y como el tren no espera a nadie, ni siquiera a los recién casados en trance de entablar su primera disputa, decidieron aplazar la discusión para otro momento. Aparentemente Ingeborg se doblegó a los deseos de su marido, y el perro, a quien había bautizado con el nombre de Slim, se quedó en casa de los padres a esperar el regreso de los novios.

Confortablemente instalados en un departamento de primerísima clase del expreso que debía conducirlos a París, Ingeborg y Juan se arrullaban dulcemente hasta que se les ocurrió entablar de nuevo una discusión por el motivo más fútil. Otra vez salieron a relucir las uñas, el perro, la mal crianza de la rubia y gentil recién casada.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que tú sabes hacer en definitiva? —chillaba Juan cansado de oír decir a Ingeborg que ella era un verdadero prodigio y que él no tenía más que defectos—. ¿Sabes, acaso, guisar, coser, repasar la ropa, planchar? No, ¿verdad? En cambio, sabes jugar al tennis, nadar, montar a caballo, pintarte las uñas de rojo rabioso...

—Y tú, ¿por qué te enamoraste de mí sino por todo esto? ¿Estaba, acaso, guisando cuando me conociste?

Siguieron discutiendo hasta que apareció el rostro sonriente del empleado del tren, quien les preguntó con cierto retintín: —Son ustedes recién casados, ¿verdad?

—Sí.

—Les advierto a ustedes —siguió diciendo con cierto misterio— que los dos compartimentos vecinos están desocupados.

—Está bien —aceptó Juan sonriendo y alargándole unos marcos de propina.

Siguieron unos momentos de calma, pero pronto volvieron a la greña. Los consejos paternos dados a los dos novios antes de marcharse habían sido más fatales para ellos que una toma de nitroglicerina. Esclavos de la idea que les habían imbuido, ni el uno ni el otro querían ceder un solo palmo de terreno, y la cosa se iba poniendo cada vez peor. Por si esto fuera poco, ocurrió pronto un incidente que puso punto final a aquella disputa iniciada en la habitación de Ingeborg y continuada, con pequeños intervalos, durante todo el viaje. Sucedió que empezaron a discutir ahora sobre el perro, aquel infeliz Slim, que Juan habían hecho dejar cruelmente en casa.

—Si no llego a imponerme, te habrías llevado el miserable chucho en nuestro viaje de bodas. Gracias a que

te lo he prohibido. Por primera vez en tu vida has sido un poco razonable.

Estaban sentados en el cómodo sofá del compartimento, separados por una sombrerera que Ingeborg se había negado a colocar en la red destinada a los equipajes. Y he aquí que de pronto se levanta la tapa de la misma y aparece el hocico sonriente del chucho que Ingeborg había colocado allí para burlar la orden de su marido.

La rabia de éste al verse así engañado, fue imponente. Cogió al perro entre sus garras dispuesto a cumplir su amenaza de echarlo por la ventanilla, pero ya Ingeborg se lo había arrebatado y estrechándolo contra su corazón, como si en lugar de un animal se tratara de una criatura indefensa, chillaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Al perro no le pones tú la mano encima! Es mío, mío y sólo mío...

—¿Por qué no lo has dejado en casa, vamos a ver? ¿Por qué no me has obedecido?

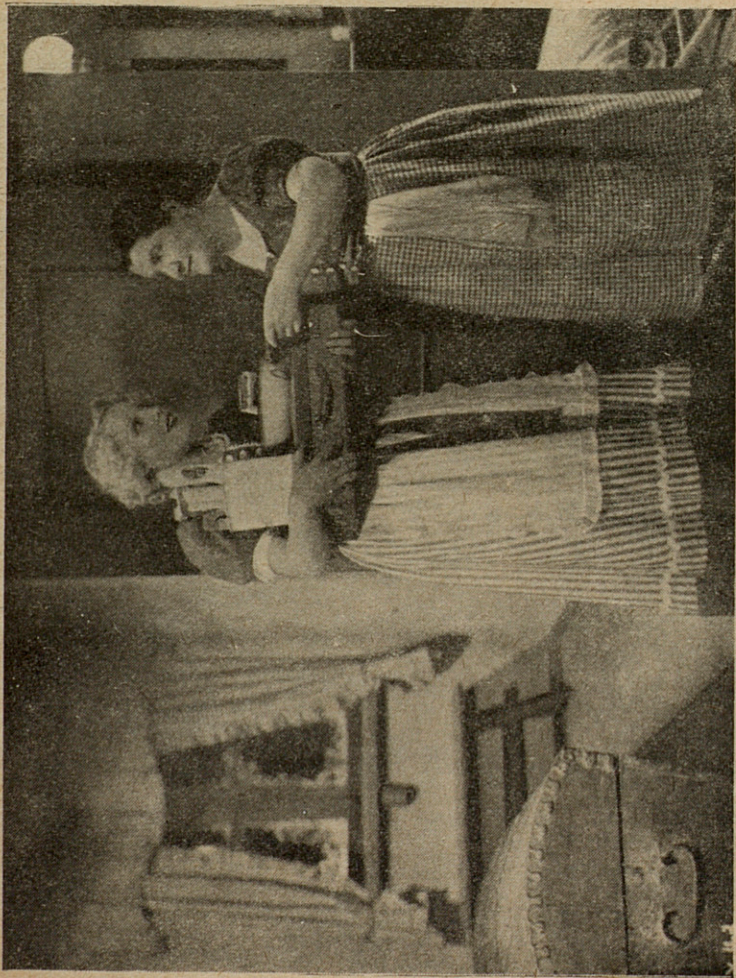
—Porque no me ha dado la gana. El perro es mío, mío y mío —seguía vociferando Ingeborg—. Irá conmigo a donde yo vaya, dormirá conmigo, y si no te gusta lo dejas, yo no me he casado para ser una esclava de tus caprichos...

No pudo terminar la frase. La mano varonil de Juan acababa de posarse sobre una de sus mejillas y no precisamente para acariciarla, sino para depositar en ella el bofetón más fuerte y sonoro que había recibido en su vida.

Ingeborg se quedó lívida de rabia. Se mordió los labios hasta hacerse sangre y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero haciendo un esfuerzo sobrehumano consiguió tragárselas. El llanto es un signo de debilidad y ella quería mostrarse fuerte. Ignoraba la pobre que con solo un par de lágrimas que se hubiesen desprendido de sus ojos, aquella fiera de marido se habría amansado convirtiéndose en un manso cordero. Sus labios se abrieron al fin para pronunciar un ¡oh! interminable, en el cual trataba de expresar el profundísimo asombro que



— El muy infame — exclamó Ingeborg — ¡Pegarme a mí el primer día de casados!



Ingeborg empezaba a desenvolverse bastante bien en su nuevo trabajo.

la acción inaudita de su marido le había producido. En seguida saltó al compartimento vecino, cerró la puerta tras de sí y emprendió carrera corredor adelante.

Juan quedó unos instantes perplejo. A decir verdad, no comprendía cómo había sucedido aquello. No habría querido cometer aquella acción por nada del mundo y, sin embargo, la mano se le había ido por delante, extralimitándose y descargando el golpe antes de que su pensamiento hubiera tenido tiempo de contenerla. Contrito y arrepentido se disponía a ir en busca de su mujercita para pedirle perdón, cuando apareció de nuevo el empleado del tren, quien le dijo esta vez con expresión de enojo: —Dígame, señor. ¿No podrían esperar otra ocasión mejor para pelearse? Están metiendo un ruido de mil demonios.

—¿Y eso qué importa? ¿No dijo usted que los compartimentos vecinos estaban vacíos? —gruñó el interrogado.

—Sí, señor, y es verdad. Pero es que la disputa de ustedes se oye desde la estación vecina...

Un momento después salía Juan en busca de Ingeborg, y ésta entraba en el compartimento por la otra puerta, cogía el perro y una maleta de maño, y volvía a desaparecer silenciosamente por donde había venido.

Cuando llegaron a la estación próxima, todavía Juan seguía buscando desesperadamente a su mujer por todo el tren. Ahora le iba a ser aún más difícil encontrarla, porque ésta acababa de descender del mismo. Era noche cerrada y hacía un frío intensísimo, pero nada ni nadie le habría hecho desistir de su empeño. Abandonaba a su marido, abandonaba a aquel ingrato que había tenido la desfachatez de darle una bofetada. ¡Abofetearla a ella, a ella, a su dulce mujercita a la que pocas horas antes había prometido proteger y defender...!

Juan, entretanto, pensando en la posibilidad de la huida de su esposa, trataba de ver a través de los cristales, pero le pasó inadvertida aquella sombra de mujer enfundada en su abrigo, que se alejaba lentamente por el andén. Ni el frío de la noche logró apagar el ardor que la mano de su marido había dejado en la mejilla de Ingeborg, y que todavía le quemaba la piel.

CAPITULO II

Ana, la amiga aquella que le regalara el perro, causante inocente del principio de tragedia conyugal, acababa de cenar tranquilamente, acompañada de su vieja y fiel sirvienta —única compañera de su vida, puesto que Ana era huérfana y soltera— y se disponía a acostarse cuando llamaron a la puerta. Las dos mujeres se miraron una a otra extrañadas. ¿Quién podía ser a aquellas altas horas de la noche y con el tiempo tan desapacible que estaba haciendo?

Pronto salieron de dudas. Era Ingeborg, la rubia Ingeborg, que tenía que haberse casado pocas horas antes. ¿Qué había sucedido? ¿Quién la había traído allí?

Un cúmulo de preguntas salieron de labios de Ana. Ingeborg, antes de contestarlas, se deshizo en amargo llanto. Las lágrimas, tanto tiempo contenidas, brotaban ahora de sus hermosos ojos azules, arrastrando con ellas el rimmel, sin que la joven se preocupara de enjugarlas. Cuando se hubo serenado un poco, comenzó su relato. Ana le escuchaba atentamente y aunque, aparentemente, parecía compartir la indignación de Ingeborg contra su marido, no podía menos de sonreírse, disimuladamente, de vez en cuando. Conocía a los flamantes esposos y sabía que no llegaría la sangre al río, como vulgarmente se dice.

Cuando llegó al momento culminante del bofetón, comentó con voz ronca:

—¡El muy infame! ¡Pegarme a mí, a mí, el primer día de casados! Si se conduce así en la mismísima noche de bodas, ¿qué hará cuando haya transcurrido un año? No, no vuelvo con él, me quedo aquí contigo para siempre. Slim será mi compañero de desventuras...

—Encantada de tenerte a mi lado —repuso Ana sonriendo y acariciando a su desconsolada amiga—, pero tú sabes que cada año debo abandonar mi hogar por tres meses para irme a Suiza a servir de camarera en un hotel alpino. Gracias a esto puedo pagarme mis estudios. Tú sabes que estoy sola en el mundo y tengo que luchar por la vida.

—No importa. Yo iré contigo. Me colocaré de camarera, si me aceptan. Así le demostraré a mi marido que sirvo para algo. No quiero volver a casa de mis padres. ¡Qué humillación y qué vergüenza! Además, si fuera allí, él me encontraría pronto y no quiero darle este gusto. Que me busque, que se desespere al ver que no puede hallarme y así expiará lo que me ha hecho sufrir hoy. ¡Ah!, el bofetón no se lo perdonaré nunca, nunca, nunca.

—Ya será algo menos — se aventuró a insinuar Ana.

—No, he dicho que no y sabré mantener mi promesa. ¡Si vieras lo cruelísimo que se ha mostrado conmigo! Ha empezado por decirme que no quería que me pintara las uñas. Y luego me llamaba pequeñuela creyendo tal vez halagarme. Se ha mostrado cruel y dominador desde el primer momento. El hombre de las cavernas comparado con él es un gran duque ruso. Te digo que después de lo ocurrido es imposible toda idea de reconciliación.

—Bueno, bueno. Ahora vamos a acostarnos. Estarás rendida de fatiga después de un día de tantas emociones. Duerme tranquila y mañana hablaremos — terció Ana besando el lindo rostro de su amiga y disponiéndose a prepararle un lecho improvisado en la cama turca de su cuarto.

Una hora después dormían ambas beatíficamente. Ingeborg había cumplido lo que le dijera a su marido. Slim dormía con ella a su lado. Menos mal que no estaba allí el «hombre de las cavernas», porque de haber sido así, el infeliz chuchó habría terminado sus días aquella misma noche. Poco se imaginaba el can la tragedia que, con su presencia, había desencadenado. Entretanto, dormía tranquilamente, sintiendo el calorcito del cuerpo de su gentilísima dueña.

—¿Qué hacía, entretanto, el marido? Después de haber tenido que escuchar con ira mal contenida los reproches del indiscreto empleado del tren, que le acusaba de haber armado una marimorena impropia del lugar y del momento y de haber sido excesivamente cruel con su cara mitad, había buscado inútilmente a ésta por todo el tren y sin poder hallarla se había apeado, regresando a la ciudad. Una vez allí se encaminó a casa

de su íntimo amigo, el abogado Hans, que intervenía en sus asuntos, al que hizo levantar de la cama para contarle sus cuitas. Este le escuchó medio adormilado, y al saber que Ingeborg había tenido la desfachatez de abandonarle en pleno viaje de bodas, se permitió hacerle una pequeña observación, hija de su experiencia de abogado más que de esposo, ya que él, gracias a Dios, se mantenía soltero.

—¿Sabes lo que te digo? Pues que no has sabido conducirme como debieras con tu mujer. Seguramente, a causa de tu inexperiencia, la habrás tratado como a una amante y claro...

—¿Qué quieres decir con ello?

—Quiero decir que a la mujer propia hay que tratarla con mucho mimo si quieres, pero también con un poco de rudeza. Hay que mostrarse enérgico con ella desde el primer momento.

—¿Enérgico dices? No creo haber hecho otra cosa desde el feliz instante en que quedamos solos. Y precisamente por eso, porque pretendía rebelarse le di el bofetón.

—¿He oído bien? ¿Le diste un bofetón?

—¡Sí, sí, un bofetón! Esto fué precisamente la causa de que me abandonase.

—Entonces, mi querido amigo, permíteme que te diga que has sido demasiado enérgico.

Y tomando un libro de leyes que había en una estantería, Hans intentó convencer a su amigo de que había obrado de un modo contrario a las mismas... hasta que éste le apartó el libro de un manotazo.

—Déjame de leyes y dime lo que procede hacer. Estoy arrepentido de haberme conducido así con mi linda mujercita. Es verdad que estuve un poco grosero con ella, pero también es cierto que Inge se empeñó en hacerme perder la paciencia desde el primer momento. En seguida ví que pretendía dominarme y eso no, eso no lo tolero. Ahora me harás el favor de telefonear a casa de mis suegros para saber si ha ido allí a refugiarse.

Los padres de Ingeborg no han sabido jamás por qué aquella noche fueron bruscamente despertados por una

misteriosa llamada telefónica y oyeron una voz extraña que, con un marcado acento extranjero, preguntaba por su hija.

—Mi hija no está en casa ni estará en muchos días —gruñó el padre colgando de nuevo el auricular, sin más explicaciones—. Y dirigiéndose a su mujer, comentó:

—¿Quién diablos podrá ser á estas horas? Tal vez un antiguo adorador de nuestra hija que ha querido cerciorarse de su desgracia.

El supuesto adorador de Inge no era otro que el abogado Hans, acompañado del marido de la fugitiva, que habían recurrido a aquella estratagema para saber si Ingeborg, después de la reyerta conyugal, había regresado a su casa. Ahora ya sabían a qué atenerse. Ingeborg no había ido a refugiarse en el seno de la familia. ¿A dónde habría ido aquella chiquilla alocada? Juan empezaba a preocuparse de veras, y escuchaba de mal-humor los reproches que le hacía su amigo por haberse conducido de aquel modo tan... excesivamente enérgico con su joven esposa.

—¿No sabes si tenía alguna amiga de toda su confianza a la que haya podido recurrir en este trance tan doloroso para ella?

Juan se dió una palmada en la frente.

—¡Claro que sí! Ana, la autora del famoso regalito, que ha sido la manzana de la discordia de nuestro incipiente matrimonio. Iremos en seguida a verla.

Pero como era noche cerrada y no era cosa de ponerse en camino, optaron por esperar el día siguiente para emprender la busca y captura de la fugitiva. Juan seguía en sus trece no queriendo aceptar los duros reproches que le hacía su amigo, pero al acostarse y recordar los incidentes de aquel día, que él creyó iba a ser el más venturoso de su vida, y al pensar que de no haber sido por su exceso de celo en mostrarse tan dominador desde el primer momento, su mujercita estaría ahora a su lado, no pudo menos de reconocer que, en su afán de seguir los sanos consejos de su suegro, había ido demasiado lejos.

Al día siguiente, mientras los dos amigos partían de

la ciudad con rumbo a la población donde residía Ana, ésta y su desventurada amiga salían de allí para Suiza. Ana iba a prestar los tres meses de servicio que le permitirían vivir después el resto del año con cierto desahogo, gracias a los ahorritos que esto le reportaría.

La última etapa del viaje tuvieron que hacerla en trineo. Ingeborg, olvidada por un momento su tragedia conyugal, reía y palmoteaba como una chiquilla, mientras que Slim, el perrito que se había llevado con ella, se apelotonaba contra el regazo de su querida amita. Ingeborg insistía en que quería emplearse ella también como camarera para demostrarle al ogro de su marido que servía para algo. No quería por nada del mundo oír hablar de reconciliación. El encanto estaba roto, roto para siempre. El bofetón había dejado una huella pasajera en la mejilla de Ingeborg, pero la herida de su corazón no se curaba tan fácilmente. Su única inquietud era que en el hotel, a donde iba ya previamente contratada para trabajar Ana, no quisieran aceptarla a ella.

—¿Tú crees que me aceptarán también a mí? — inquirió.

—Sí, claro, yo al menos supongo que sí. Ahora que debo advertirte que el oficio de camarera no es cosa fácil. Se requieren una serie de pequeños conocimientos que tú desconoces en absoluto. Hay que trabajar mucho, aguantar muchas impertinencias de la clientela, ahuyentar a algunos de éstos, que creen que todo el monte es orégano. Además la directora del personal es una mujer muy severa.

Llegaron al lugar donde estaba situado el pequeño hotelito y descendieron del trineo. Ingeborg respiró ávidamente el aire purísimo de aquel sitio privilegiado y contempló con ojos extasiados el maravilloso paisaje alpino. Slim saltó también a tierra y empezó a corretear por la nieve. Inge hizo una bola de nieve y la tiró al perro, pero la puntería de la joven no era todo lo perfecta que habría sido de desear. Diga'o si no el ojo de aquel joven alpinista, sobre el que fué a caer la bola destinada a hacer corretear al chuchó. Ingeborg se des hizo en disculpas y cuando el escozor producido por el

pelotazo permitió al perjudicado ver a la gentil causante del daño, sus azules ojos se iluminaron con una expresión de malicia. Ingeborg estaba realmente tentadora con su gorrito de lana, rematado por una borla, y su autendo de alpinista. El joven rubio y larguirucho, se creyó obligado a decirle una galantería. Inge sonrió. El rubio le preguntó entonces si se hospedaba en aquel hotel y si hacía mucho tiempo que había llegado, pues le extrañaba no haberla visto por allí.

Inge repuso que acababa de llegar y añadió con una frescura inaudita que pensaba hospedarse en aquel hotel por una larga temporada. Entraron juntos, el joven adoptando cada vez un aire más galante, Inge coqueteando finamente con él. El joven se dirigió al encargado del hotel y le ordenó que reservara para la recién llegada la habitación número 29 —la mejorcita del hotel— y al mismo tiempo que le hacía esta observación, le guiñaba el ojo picarescamente.

Fué sin duda por este motivo por lo que Inge se vio conducida por un criado a una habitación magnífica que ella, en su ingenuo desconocimiento de las cosas, creyó sería la que destinaban a las personas del servicio. Se tendió en la cama, blanda y mullida, paseó una mirada de deleite por la habitación, pensó tal vez en lo bien que estarían allí ella y Juan realizando su luna de miel, pero desechó en seguida este pensamiento para repetirse una y mil veces que no volvería jamás, jamás a su lado. Ana había desaparecido misteriosamente. Seguramente estaría hablando con la encargada del servicio y no tardaría en venir a reunírsele.

Quien no tardó en venir fué el criado que unos momentos antes la condujera allí, para invitarla muy rudamente a que se largase. Abajo, en el hall del hotel, se había aclarado el equívoco, al preguntar el encargado del registro al joven rubio si estaba dispuesto a pagar la cuenta de la recién llegada y al aclararle éste que no la conocía.

—Entonces, ¿por qué me ha guiñado usted el ojo cuando me ha dicho que condujera a la señorita al cuarto 29?

—He guiñado el ojo, sencillamente, porque me habían tirado un pelotazo y me dolía...

Ana, entretanto, abogaba ante la señora Dahmen, la voluminosa encargada de controlar el servicio de la casa, para que Ingeborg fuera aceptada como camarera. La señora Dahmen no se opuso en principio, pero ordenó que la aspiranta fuera conducida a su presencia. Un momento después la joven, sonriendo forzosamente, se hallaba frente a la que con una sola palabra podía decidir su suerte.

La encargada contempló unos instantes en silencio a la rubia muchacha. Era criterio cerrado de la señora el que sus camareras fueran bonitas, o por lo menos agradables, pero, al mismo tiempo, que fueran lo menos coquetas posible. La primera cualidad la poseía Ingeborg en alto grado. En cuanto a la segunda... Aquellos labios y aquellas uñas rabiosamente pintados de rojo, aquella mirada picaresca, aquel peinado coquetón, aquel vestidito tan ceñido que modelaba sus formas un tanto provocativas...

—¿Cómo te llamas? — inquirió la señora cuando hubo terminado su severo examen.

—Ingeborg.

—En adelante te llamarás Burget, como tu antecesora.

Inge, hizo un mohín de desagrado. No le gustaba nada que le cambiasen el patronímico. Pero le quedaba todavía que oír algo más desagradable.

—Dejarás de pintarte las uñas. No me gustan las camareras con las uñas pintadas. Te pondrás un uniforme que te entregarán en el guardarropa. Pareces un poco coqueta y no estará de más que recuerdes que no quiero «flirts» de ninguna clase aquí en el hotel...

Ingeborg protestó débilmente, pero ante la amenaza de perder el puesto que le ofrecían, optó por resignarse. Fué luego conducida a la habitación que debería ocupar en la buhardilla. ¡Qué diferente de aquel sol de cuarto que le habían dado en el primer momento! Era esta una habitación reducida, amueblada pobremente, con unos lavabos valetudinarios compuestos de una palan-

gana y un jarro, como en tiempos prehistóricos. Cuando Ana le dijo que no sólo dormirían las dos en aquel estrecho recinto, sino que también les acompañaría María, la simpática y frescachona criada suiza que andaba por allí arreglando los trastos, Ingeborg se sintió tentada de presentar la dimisión «ipso facto» y marcharse. Pero se acordó de su marido, y del firme propósito que se había hecho de no volver a su lado, y decidió quedarse.

Le dieron una cama de hierro desmontada, para que ella misma la colocase. Nunca se había visto Inge en trance tan apurado. La cama aquella era de tan difícil colocación como grande era su inexperiencia para aquella clase de trabajos. Cuando después de improbos esfuerzos logró montarla y se disponía a gozar de un merecido descanso tendiéndose cómodamente en ella, la cama le hizo una mala jugada y se doblegó a su peso, cayendo el sommier al suelo con su linda carga.

CAPITULO III

Mientras tanto Juan y su abogado habían ido a visitar a Ana, pero la vieja y fiel criada de ésta se negó en redondo a decirles dónde estaba su ama. Fué necesario recurrir a una estratagema y decirle que habían ido allí para informarla de una supuesta herencia, para que ella se decidiera a romper su consigna de silencio y les diera la dirección del hotel en los Alpes.

—Salió ayer mismo acompañada de una amiga suya.

—Una señorita rubia, joven, bella... — inquirió Juan ansiosamente.

—Sí, su amiga Ingeborg.

No necesitaban saber más. Una hora después se instalaban ambos en un compartimento de primera clase del expreso que debía conducirlos a Suiza. Desde que se enterara de lo del bofetón, el cruel Hans no había cesado de dirigir los más duros reproches al arrepentido marido, que se sentía ya dispuesto a caer a los pies de

Ingeborg para pedirle humildemente perdón en cuanto le echaran el ojo encima.

Entretanto Ingeborg empezaba a desenvolverse bastante bien en su nuevo trabajo. Se había agenciado un traje bastante bonitillo, después de haber cambiado el que le dieran en el primer momento y que era una solemne birria, y se disponía ahora a servir las mesas, procurando hacer la menor cantidad posible de estropicios. Su inexperiencia quedaba compensada por la linda figura que hacía, vestida con una gracia sin igual, con su trajecito de camarera.

La clientela del hotel era la misma que suele verse en todos los hoteles turísticos del mundo. Cosmopolita y heterogénea, compuesta de gentes de todas las nacionalidades, a quienes el azar había reunido en aquel maravilloso rincón alpino, y que convertían con su charla el comedor y los salones del albergue en una segunda torre de Babel.

Una de las concurrentes asiduas al lindo hotelito, que cada año acudía a pasar allí una temporadita era una anciana señora holandesa que, a simple vista, hubiera podido pasar muy bien por un sargento de carabineros, pero que una vez tratada resultaba simpatísima a pesar de su voz de chantre y de la mala costumbre que tenía de decirle las verdades al lucero del alba. Gran jugadora del poker, se ponía furiosa con mucha frecuencia contra los compañeros de juego que no eran tan hábiles como ella y había que oírle diciéndoles toda clase de lindezas. Iba siempre acompañada de otras tres señoras si no tan viejas como ella, lo bastante maduras para que pudieran vivir tranquilas sin temor a que ninguno de los moscones del hotel pretendiese enamorarlas.

El «debut» de Ingeborg como camarera no pudo ser más afortunado. No vació ningún plato de sopa encima del vestido de nadie. Claro está que como ignoraba los gustos de cada uno de los clientes, cometió alguna pequeña equivocación: poner, por ejemplo, vino blanco en la copa del cliente que lo quería negro y viceversa. Dar chuletas de ternera al que quería pollo y pollo al que

quería chuletas. El único que estaba contento con todo lo que le dieran, era un sabio profesor de filosofía que había llegado unos días antes al hotel y que se pasaba el día entero con el rostro oculto tras las páginas de un volumen que debía tratar de alguna materia interesantísima, a juzgar por la atención con que lo leía. Se sentaba a la mesa con el libro ante las narices y cuando Inge le preguntó qué era lo que deseaba comer, se encogió indiferentemente de hombros. Inge depositó en su mesa un pedazo de pollo y escanció en su vaso vino blanco; pero un momento después, habiendo sido requeridas ambas cosas por otro cliente, hizo la substitución sin que el sabio, abismado siempre en la lectura, se diera cuenta de que le habían cambiado el vino blanco por negro y el pollo por ternera.

No fué pequeña la sorpresa que se llevó el jovencito rubio al ver que la encantadora clienta que había llegado aquel día, con la que se proponía iniciar un idilio, era una vulgar camarera. Pero Inge le guiñó un ojo y el joven se reconcilió inmediatamente con la traviesa rubita.

Hacia el final de la cena ocurrió algo grave que hubiera podido dar al traste con el flamante empleo de Ingeborg. Sucedió que el perro, al que la joven había encerrado bajo llave en su cuarto, se escapó al ir a llevarle la comida el criado, y corriendo escaleras abajo, en busca de su amita, no paró hasta llegar al comedor. Una vez allí, empezó a saltar y brincar alegremente, correteando alrededor de ésta, sin hacer caso de las advertencias de Ingeborg, que le suplicaba se estuviera quieto. La joven sostenía una bandeja llena de tazas y estaba haciendo esfuerzos inauditos para mantener el equilibrio. Fueron inútiles las palabras que dirigía al chuchó para inducirle a que se mostrara juicioso. Slim había encontrado a su ama y demostraba su alegría en la forma estrepitosa que le era peculiar. En su loco entusiasmo no se daba cuenta de que la cuerda que colgaba en torno a su cuello se iba arrastrando y enrollando a los pies de Inge y cuando ésta intentó dar un paso adelante para servir las mesas, se produjo la ca-

tástrofe. Mejor dicho, no se produjo todavía gracias a la serenidad de ella, que, a pesar de haber caído al suelo, logró, no obstante, evitar que cayera la bandeja. Acudió el joven rubio a levantarla, la sostuvo galantemente, cogió con una amabilidad sin igual la carga que ella sostenía, pero también la fatídica cuerda se había arrollado a sus pies y al intentar avanzar ¡zás!, cayó al suelo. Ni una sola taza se salvó de aquel aterrizaje forzoso, y si Inge no fué despedida inmediatamente por la implacable encargada del personal, fué porque había una providencia que velaba por ella.

Por la noche tenía tantos deseos de poder darse un baño, que su amiga Ana le dijo:

—Si quieres puedes hacerlo, con una condición. La de ser discreta y limpiar después el baño a conciencia. La habitación número 29 está desocupada y más de una vez nosotras hemos hecho esta pequeña travesura de ir a bañarnos a un cuarto vacío.

Ingeborg se decidió. ¡Tenía tantos deseos de poder darse un baño calentito! Pero como la tarea de tener que limpiarlo luego no le seducía demasiado, se agenció la ayuda de Pedro, el criado que, por la mañana, se condujera tan rudamente con ella y que ahora no sólo estaba dispuesto a limpiar el cuarto de baño, sino a hacer equilibrios sobre la cuerda floja, si Inge se lo exigiera. Hasta le preguntó si quería ser su novia y la traviesa rubia tuvo la frescura de dejarle concebir esperanzas, pensando sacarle así mucho provecho.

Mientras Inge tomaba su baño, llegaban al hotel dos pasajeros, que habían venido en el último tren. Eran éstos Juan y su amigo el abogado. Preguntaron por dos viajeras que debían haber llegado aquel mismo día; pero como ni Ana ni Ingeborg contaban como tales, ya que se trataba simplemente de dos sirvientas, la respuesta fué negativa. Al parecer habían pasado por allí dos señoritas, cuyas señas coincidían poco más o menos con las que ellos daban, pero se habían marchado aquel mismo día a una población vecina. Juan quería ir allí inmediatamente, pero Hans estaba muerto de sueño y propuso pasar la noche en el hotel. Les dieron la única

habitación disponible, que era el número 29.

También ellos tenían necesidad de un baño reparador después del largo viaje emprendido y las emociones del mismo. Juan se dispuso a bañarse primero. Abrió la puerta del cuarto de baño, fué a entrar, pero en seguida, lanzando un ¡oh! de asombro, se tapó los ojos, y volvió a cerrar la puerta rápidamente. Hans, que no podía comprender el motivo de la actitud de su amigo, abrió también la puerta y volvió a cerrarla con la misma rapidez que lo había hecho Juan. Los dos habían visto que dentro de la bañera había una mujer... duchándose tranquilamente. El ruido del agua le había impedido a ella oír el que metían los dos jóvenes en el cuarto vecino.

Discretos como buenos «gentlemen» se apartaron de la puerta tentadora, esperando a que la incógnita ocupante del cuarto se fuera por donde había venido. Afortunadamente había una puerta de escape que Inge utilizó para salir al pasillo y echar a correr con toda la velocidad que le permitían sus piernas. Un momento después, olvidados de la «visión», Juan comentaba los incidentes de la jornada y decía enternecido a su amigo:

—¡Pensar que sólo me separan unas horas de mi mujer!

Si hubiese sabido que la misteriosa bañista era su auténtica cara mitad, nadie habría logrado detenerle y habría ido a buscarla en aquel mismo instante, no para darle precisamente otro bofetón, sino para estrecharla entre sus brazos.

CAPITULO IV

Al día siguiente por la mañana Ingeborg —que había pasado la noche durmiendo de un tirón sin soñar ¡la ingrata! con su marido y sin sospechar siquiera que lo tenía tan cerca— se levantó de muy buen humor y decidida a seguir ejerciendo con el mayor empeño y

buena voluntad su profesión de camarera. Empezó a repartir los desayunos por los cuartos que le habían sido asignados, y cuando le llegó el turno al número 29, entró muy decidida, sosteniendo en alto la bandeja... ¡que por poco se le cae al suelo, al dar de manos a boca con Juan, ¡su Juan!, su mismísimo marido, el cruel autor del bofetón, que todavía le estaba doliendo!

La sorpresa del marido no fué menor que la de su mujer. Por unos momentos se quedaron ambos frente a frente, mirándose como dos tontos, paralizados por el estupor. Al fin, él rompió el silencio y fué para llamarla por su nombre con un grito, que era a la vez una súplica y un reproche.

—¡Ingeborg!

Pero Ingeborg no le oía. No quería oírle. Se encaminaba a marchas forzadas hacia la puerta. Juan se interpuso en su camino y quiso detenerla.

—¡No saldrás de aquí sin haber tenido antes una explicación conmigo! Eres mi mujer y...

No pudo terminar la frase. Ingeborg, para defenderse había apelado a la única arma que tenía en sus manos. Estaba volcando el agua hirviendo de la tetera sobre el pie de su marido. El dolor le hizo soltar un ¡ay! que alarmó grandemente a Hans, que se estaba afeitando en la habitación vecina. Vió a Juan saltando sobre un solo pie y quejándose amargamente, y a Ingeborg que se disponía a salir huyendo. Corrió tras de ella, logró alcanzarla en el pasillo, y también intentó detenerla.

—Usted debe volver al lado de su marido. Como abogado le advierto que...

Tampoco él pudo terminar el discurso destinado a hacer volver la oveja al redil, porque Ingeborg estaba repitiendo la hazaña de un momento antes sobre su pie, volcando el resto del contenido de la cafetera. Cojeando lamentablemente regresó Hans a su cuarto, mientras Ingeborg huía pasillo adelante. Un momento después los dos amigos se estaban curando las quemaduras con un ungüento mientras iban renegando en su fuero interno de todas las hijas de Eva.

Al mediodía ocuparon una de las mesas que debía

servir Ana. Juan iba con las de Caín, dispuesto, si era preciso, a armar un escándalo, a desenmascararla ante todo el mundo, a cogerla por la fuerza obligándola a irse con él, a cometer un asesinato, si fuera preciso, con tal de hacerla volver a su lado. Ahora se daba cuenta de que la quería, la quería demasiado, para abandonar el campo sin lucha para conseguirla. Comprendía que había sido un poco cruel con su caprichosa mujercita. En fin de cuentas la había conocido en un ambiente de frivolidad, y por esto precisamente le había gustado. Reprocharla luego, a las pocas horas de casados, que no supiera cocinar, ni coser, ni llevar las uñas como se las hizo la madre naturaleza, resultaba, en verdad, un poco fuerte, por lo menos, un poco prematuro. En su afán de seguir los consejos de su suegro había ido demasiado lejos.

Cada vez que Inge se acercaba con algún plato, él le dirigía la palabra, unas veces para suplicarle que terminara aquella farsa, otras para llenarla de reproches. Todo inútil. Ingeborg se hacía la sueca con una propiedad maravillosa, mirando a sus clientes con sus grandes ojos azules e ingenuos, jurando y perjurando que era la primerísima vez que los veía, advirtiéndoles que debían estar equivocados, que ella no era la persona que suponían, que nunca, nunca había oído hablar de Ingeborg...

Entonces decidieron cambiar de táctica y hacerse los indiferentes. Los oídos de la joven tuvieron que escuchar cosas intolerables. Hablaban de mujeres con una desfachatez y un descaro merecedores de la horca. Habían venido a aquel hotel porque habían sido informados de que era un lugar propicio para las aventuras. Dígalo si no aquella vecinita de cuarto, tan bonita, que les había sonreído tan picarescamente. Juan y Hans se las prometían muy felices, muy felices...

Los nervios de Ingeborg habían llegado al paroxismo. El cinismo de su marido era superior a su poder de disimulo. Habría deseado terminar aquella comedia, tirarle la bandeja a la cabeza, arañarle, morderle, hacer, en fin, algo digno de su geniecito que la compensara

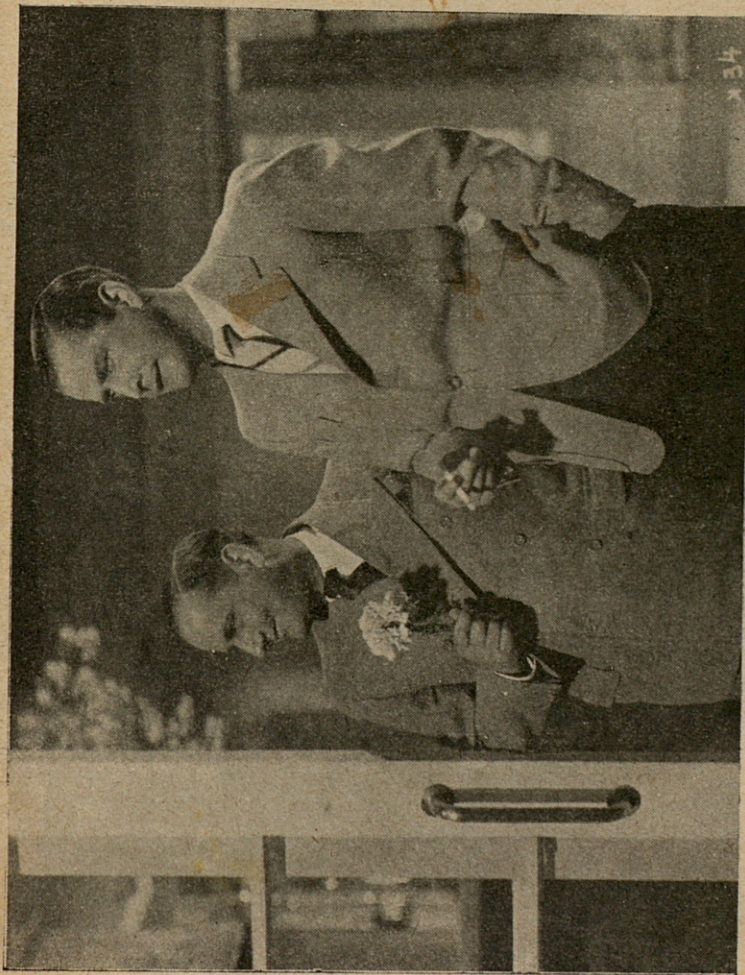
con creces del bofetón recibido. Se acercó al torno y por suerte suya, Ana, que estaba allí también, procuró tranquilizarla con sus palabras sensatas. Pero obedeciendo a un instinto de venganza, Ingeborg cogió un plato, en el que se veía un esqueleto de pollo, y lo llevó a la mesa, colocándolo ante las mismísimas narices de su marido. Este se volvió furioso contra ella. Chilló Ingeborg con toda la fuerza de sus pulmones, intentó Hans intervenir inútilmente, y apareció entonces el coco en forma de la encargada, quien se disponía a tomar una medida enérgica contra Ingeborg —con gran regocijo de su marido—, cuando la señora holandesa se levantó lentamente de su asiento, se acercó a la mesa de la discordia, y con voz pausada arguyó:

—Esta señorita tiene razón de sobra en haberle gastado una broma pesada a este cliente. Yo he venido observándolo desde que ha aparecido por aquí y su proceder me parece sencillamente incorrecto. No ha cejado de molestarla e intentar propasarse desde el primer momento. Se trata de uno de estos don Juanes de profesión, que ha venido aquí en busca de aventuras sin pensar en que este es un hotel familiar de primera clase... Vaciló unos instantes y aclaró luego: Bueno, esto de primera clase sería un poco discutible, a juzgar por la comida que nos dan, pero en lo de familiar no quito ni un punto.

—¿Usted, señora, no podría meterse donde la llaman? —inquirió Juan con sorna.

—Yo me meto donde me llaman y donde no me llaman siempre y cuando me da la gana, joven impertinente —repuso la vieja ahuecando la voz.

La clientela se había ido acercando a la mesa formando corro alrededor del grupo de los que discutían. Todos habían tomado el partido de la gentil camarera, y esto daba fuerzas a la vieja para gritar cada vez más contra los don Juanes de profesión, quienes iban, los pobrecitos, perdiendo terreno en todos los sentidos, ya que poco a poco habían ido retrocediendo hasta llegar a la puerta, perseguidos por su implacable acusadora, que seguía gritándoles su desprecio. De aquella primera



Juan y su amigo bajaron al comedor, en donde...



Se dispuso a servirle un brebaje, destinado, sin duda, a envenenarle.

tentativa salieron tan mal parados, que a punto estuvieron de hacer las maletas y largarse renunciando a sus propósitos.

Pero Juan amaba demasiado a Inge para darse por vencido. Lo intentaría todo para hacerla volver a sus brazos y si fracasaba por las buenas, apelaría incluso a la violencia. No quería, no podía hacerse a la idea de que un triste bofetón les hubiera separado para siempre.

Por la noche debía tener efecto un baile de máscaras. Todo el hotel andaba revuelto preparando el acontecimiento. Aquella multitud alegre y despreocupada no tenía otra obsesión que la de divertirse.

Juan había decidido recabar la ayuda de Ana para solucionar su conflicto. Tenía la seguridad de que la gentil amiga de su mujer se prestaría a ello. Pero era preciso cogerla desprevenida, antes de que Ingeborg pudiera predisponerla en contra suya.

Fué por este motivo por lo que aquella misma tarde, mientras Ana iba pasillo adelante hacia una habitación que tenía que poner en orden, fué violentamente sujeta por los brazos de un hombre e introducida a una habitación. Iba Ana a protestar contra aquel atropello, cuando vió el rostro simpático y franco del marido de Ingeborg —un buen mozo, sin duda alguna— que la miraba con ojos suplicantes. Un cuarto de hora después la joven salía del cuarto de Juan y de su amigo, después de haberles hecho la promesa solemne de que se pondría de su parte en todo lo que quisieran hacer para atraer a Ingeborg a la razón.

En el momento en que ponía el pie fuera de la habitación, la señora holandesa, que ocupaba un cuarto frente al de los jóvenes, abrió la puerta del suyo y vió con el consiguiente escándalo cómo la joven camarerita salía acompañada del presunto don Juan, que la despedía en la misma puerta con grandes muestras de efusión. Quien no sea capaz de pensar mal en circunstancias parecidas que arroje la primera piedra. La señora holandesa se creyó obligada a indignarse contra aquel par de «forajidos» que así sembraban el escándalo en aquel ambiente burgués y decente.

Por la noche debía celebrarse el baile de máscaras. Los huéspedes del hotel se preparaban a perder un poco la cabeza al socaire del baile carnavalesco. Disfraces para todos los gustos, serpentinatas, confetti, música, cock-tails, champagne, mujeres. Hasta los viejos se sentían jóvenes, amparados por la piadosa careta y el dominó que ocultaban su decrepitud a los ojos de las mujeres...

Y en medio de aquel bullicio, en medio de aquella alegría, el esposo de Ingeborg, el desgraciado enamorado condenado a implorar inútilmente una mirada cariñosa o una palabra de perdón de su cara mitad, por el único pecado de haberse mostrado «un poco demasiado enérgico», vagaba como un alma en pena, mustio y cariacontecido, con expresión aburrida, intentando inútilmente acercarse a Ingeborg.

Esta se hallaba ocupadísima sirviendo toda clase de bebidas alcohólicas con un garbo tal, que cualquiera habría dicho que no había hecho otra cosa en su vida.

Pasaban las horas. La atmósfera se iba enfriando. Empezaban a menudear los borrachos. Hans y su desgraciado amigo seguían intentando inútilmente derribar la fortaleza. Ingeborg no se amansaba. Seguía sonriendo a los clientes, despachando bebidas, hablando con Ana —que también había intentado inútilmente convencerla de que perdonase a su marido—, coqueteando descaradamente con el criado, que andaba ya de coronilla por ella. Entretanto los nervios de Juan habían llegado a un extremo que amenazaban romperse y provocar una tragedia.

Decidió de nuevo cambiar de táctica y apelar al socorrido recurso de darle celos. Las gentiles bailarinas del cuerpo de baile, que acababan de dar una lucida exhibición en el salón del hotel, fueron sus inconscientes aliadas. El rostro de Juan se animó ahora con una expresión de diabólica alegría. ¿Cómo iban a rechazar las frívolas danzarinas los ofrecimientos de aquel buen mozo, dispuesto a darles todo el champagne que quisieran?

El recurso produjo el efecto apetecido. Pronto se vio a Ingeborg perder la calma de la que hacía gala desca-

radamente, y empezar a ponerse nerviosa. Juan, encantado de ver cómo el rostro de Ingeborg se iba transformando por la ira, arreciaba en sus demostraciones de afecto hacia las bailarinas. Había cogido una en cada brazo y las besaba por turno, sin que ellas parecieran ofenderse ni poco ni mucho. Ingeborg empezaba a perder los estribos al ver que ante sus mismas narices el hombre que unos días antes le había jurado amor eterno, se entretenía en acariciar otras mujeres. Obedeciendo a un oscuro instinto de venganza se dispuso a prepararle un brebaje destinado, sin duda, a envenenarle, cuando Juan, en el colmo de su desfachatez, le ordenó que les preparara un cock-tail. Los ingrédientes que Ingeborg introdujo en la cock-telera no son para descritos: todo lo más fuerte que pudo hallar en la estantería que había debajo del mostrador, desde un líquido para limpiar metales hasta unos polvos para las ratas. Gozaba anticipadamente viendo la cara que pondrían el ingrato y sus frescas compañeras al ingerir aquel brebaje y caer muertos de repente o poco menos.

Pero el destino había preparado otro desenlace. Cuando el camarero se disponía a servir el «sabroso» cock-tail, capaz de dejar tamañito al famoso veneno de los Borgias, una de las bailarinas hizo un movimiento brusco con el brazo y todo el contenido de las copas se derramó sobre la mesa. Ingeborg vio furiosa cómo se había frustrado su plan de venganza, mientras que Pedro, el infeliz adorador de la rubia y gentil camarera, apuraba de un trago el sobrante del líquido que había quedado en la cocktelera y caía al suelo inmediatamente.

Tres horas después, el noventa y seis por ciento de los huéspedes del hotel estaban borrachos. Sólo Ingeborg, Juan, Hans y el sabio filósofo se mantenían serenos.

La joven estaba desolada. No podía ya con el peso de su pena y tenía que seguir disimulando. Hacía esfuerzos inauditos para contener las lágrimas que se asomaban a sus ojos y a duras penas podía conseguirlo. No era ya odio, ni, rabia, ni ira lo que sentía contra su

marido. Todos estos sentimientos se fundían en uno solo. ¡Amor! Ahora se daba cuenta de que estaba irremisiblemente enamorada de su Juan, a quien se sentía dispuesta a perdonar, con bofetón y todo. Eran inútiles sus pataletas, su amor propio herido, sus caprichos de niña mimada, ante la verdad de su cariño. En aquella noche, viendo a Juan acariciar a otras mujeres, había sufrido más que en su vida entera. Ahora ya no jugaba más a la comedia de la frivolidad y de la indiferencia. Hans, que unas horas antes no se atrevía casi a acercarse a ella, se convirtió en su confidente. Llevaba un elegante dominó blanco, mientras que Juan, iba enfundado en un dominó azul, aunque ambos llevaban la cara descubierta. Pronto empezaron todos a cubrirse el rostro con las máscaras. Hans y Juan hicieron también lo mismo. El primero desapareció unos momentos para volver, en seguida, invitando a Inge a salir a la terraza. El ambiente del bar estaba tan enrarecido, que casi no se podía respirar.

Unos instantes después, Ingeborg, inclinada, la linda cabecita sobre el hombro de su amigo, le confiaba el secreto de su corazón.

—Hans, estoy desolada y arrepentida de haber huido del lado de Juan. ¡Le quiero tanto, tanto! Hasta ahora no me había dado cuenta de lo muchísimo que le quiero. Soy muy desgraciada, muy desgraciada —repetía una y otra vez lloriqueando—. Con tal de que volviera a mi lado, sería capaz de permitirle que me diera otro bofetón.

Hans se quitó la careta. Cogió el rostro de Ingeborg entre sus manos y lo levantó a la altura del suyo. Ingeborg soltó una exclamación de sorpresa. ¡Era Juan, Juan, el que estaba a su lado, y que acababa de oír sus confidencias! ¡Juan que había recurrido a aquella estratagema para acercarse a su mujer y tener una explicación definitiva con ella, cambiando previamente el dominó con su amigo!

Le dio un beso, pero antes de que tuviera tiempo de repetirlo, ya la mano de Ingeborg había descargado sobre su mejilla un tremendo bofetón. En seguida la iras-

cible enamorada huyó corriendo. Salió Juan detrás de ella, dispuesto esta vez a no dejarla escapar y la alcanzó en el pasillo, frente al cuarto 29. La escena entre los cónyuges fué bastante variada. Empezó por reproches de ambos lados, pero poco a poco éstos fueron cediendo a las súplicas y las súplicas a las palabras cariñosas. El rostro expresivo de Ingeborg iba reflejando los sucesivos estados de ánimo por los que iba pasando, y Juan, experto conocedor del alma femenina, comprendió que había llegado el momento psicológico. Suavemente, casi sin que ella se diera cuenta, pasó su brazo alrededor del talle de su esposa y la atrajo hacia sí. La besó en los cabellos y en las mejillas, sin que Ingeborg hiciera constar su protesta; y precisamente cuando se hallaba muy ocupado en aquella tarea se abrió sigilosamente la puerta del cuarto de la señora holandesa y ésta y sus dos amigas —las tres Gracias, como les llamaba humorísticamente un cliente del hotel— asomaron la cabeza y contemplaron horrorizadas la escandalosa escena. Como si aquello no fuera bastante, el peligroso don Juan —habiéndose por lo visto salido con la suya de seducir a la gentil camarera— la atrajo a su habitación, como había hecho aquella mañana con la otra, cerrando la puerta tras de sí...

Unos instantes después Ingeborg y Juan, ya enteramente reconciliados, se prometían cariño eterno y mutuo apoyo y respeto, cuando fueron interrumpidos en su idilio por un fuerte golpe en la puerta. Juan se dispuso a abrirla, pero antes se creyó en el deber de inquirir quién era el inoportuno.

—¿Quién llama? —gritó.

Le contestó una voz cavernosa, que pronunció unas palabras incomprensibles para los dos enamorados.

—¡Abran ustedes en nombre de la Ley!

Sinceramente alarmado, Juan dirigió una mirada de duda a su encantadora mujercita, arropada ya en el lecho y al fin decidió abrir. ¿Qué tenían que temer ellos de la ley, si estaban casados ante Dios y ante los hombres y no habían cometido ningún hecho punible?

No apareció la severa faz del juez, pero sí la de la

entrometida vecina del país de los molinos de viento acompañada de sus dos amigas. Señaló con el índice al marido de Inge y fulminó.

—Es usted el sinvergüenza más grande que he conocido en mi vida y le advierto que he conocido a muchos. En un solo día ha atraído usted dos mujeres a su dormitorio. Esta tarde otra doncella del hotel y ahora esta pobre infeliz, que, fiada sin duda de sus promesas, cree que usted se casará luego con ella.

Juan intentó protestar, pero las tres Gracias, convertidas de repente en las tres Furias, se lo impidieron, chillando e insultándole. Cuando al fin, tras improbos esfuerzos y después de haber armado un escandalazo enorme, del que se enteró todo el hotel, consiguió deshacerse de ellas cerrando la puerta, Ingeborg había vuelto a desaparecer. Las palabras de la holandesa acusando a Juan de haber traído aquel mismo día a otra mujer le habían hecho creer no sé qué cosas terribles, y antes de que él hubiera tenido tiempo de advertirlo, había saltado del lecho, huyendo por otra puerta y refugiándose en su cuarto de la buhardilla.

EPILOGO

Al amanecer del día siguiente, Juan, cansado de dar vueltas por el lecho sin poder dormir, se levantó, se dio una ducha fría y se fué a la montaña, acompañado de Pedro. No quería ya saber nada más de mujeres. La grotesca y escandalosa escena de la noche anterior, la huida de Ingeborg, sin esperar las explicaciones de su cónyuge, el ridículo en que había caído le habían puesto de un humor imposible. Quería aturdirse, olvidar, y para esto nada mejor que ir en busca de las cumbres nevadas, abismarse en la contemplación del paisaje envuelto en el blanco sudario de la nieve. No quería volver al hotel ni quería ver de nuevo a Ingeborg. Maldecía de todo, hasta de su amigo Hans, aquel pobre Hans que

la noche anterior había hecho improbos esfuerzos para reconciliar a los dos esposos, negándose a aceptar la demanda de divorcio que querían presentar ambos y agotando todos los medios para hacerles llegar a una conciliación.

¡Monte arriba, siempre monte arriba! El hotel iba poco a poco empueneciéndose, perdiéndose a lo lejos, era ahora como una pequeña mancha negra entre la alba blancura de la nieve. De vez en cuando se oía un rumor sordo, como de un trueno lejano, y su acompañante comentaba tranquilamente.

—Es un alúid.

Entre tanto, allá en el hotel, Ana, la amiga de Ingeborg, le revelaba a ésta la verdadera personalidad de la mujer que la tarde anterior había estado en el dormitorio de su marido. Era ella misma quien había sido atraída allí por Juan para arrancarle la promesa de que serviría de mediadora entre ellos.

Ingeborg quiso ir en seguida al encuentro de Juan para pedirle perdón por su conducta inculcable. Reconciliarse con él era ahora su único deseo. Pero ¡ay! que Juan se había ido Dios sabe dónde, y nadie, ni el mismo Hans, podía decirle si volvería y cuándo volvería...

Empero, al mediodía, llegó Pedro sudoroso y maltrecho anunciando que acababa de ocurrir una catástrofe. Había salido muy de mañana de excursión con el joven del cuarto 29, y de pronto, al llegar cerca la cumbre, un alúid se había precipitado sobre ellos. El había salido bien librado, pero no así el pobrecito Juan, que yacía en el albergue de la montaña, mal herido, tal vez muerto. El había corrido al hotel para recabar auxilio...

Ingeborg no quiso saber más. Corrió, corrió hacia la montaña, sin esperar a nadie, deseosa de ser la primera en llegar hasta su marido, y sin otro guía que su perro que guiado por el maravilloso instinto de los animales de su raza la iba conduciendo por caminos seguros, empezó a subir la montaña. Duro era el camino, pero su voluntad le daba fuerzas para vencer todos los obstáculos.

Mientras tanto, allá en el hotel, el criado recomendaba a todos que no se apresurasen demasiado, que el señorito no necesitaba, por el momento, otros cuidados que los que le iba a prestar su mujer.

Y llegó Ingeborg al refugio de la cumbre. Entró desolada, llamando a su querido Juan. Este se hallaba tendido en el lecho, ciertamente, pero lo de mal herido habría sido mucho decir. Juan dormía tranquilamente, y no roncaba porque no tenía este defecto. Ingeborg se acercó a él, le echó los brazos al cuello, y al ver que no tenía nada, que estaba tan sano y bueno como ella, a punto estuvo de darle otro bofetoncito. Pero ya Juan se había levantado y la estrechaba entre sus brazos tan fuertemente que la imposibilitaba todo movimiento.

Vinieron las explicaciones. Ambos se acusaban y ambos querían atribuirse la culpa de todo, hasta el punto de que casi vuelven a reñir por esto. Pero empezaron luego las palabras cariñosas, y en esto Juan era un maestro...

Cuando una hora después las brigadas de auxilio llegaron al refugio, un alud tremendo había casi sepultado la casa. Empezaron los trabajos de desenterramiento, y al quedar una ventana al descubierto, Pedro miró a través de los cristales. Vió a Ingeborg y Juan unidos en un estrecho abrazo. Pedro se volvió entonces hacia los hombres y guiñándoles el ojo picarescamente, recomendó:

—No vayan ustedes demasiado aprisa. Dentro del refugio hay dos enamorados, que se han ido al séptimo cielo. Dejémosles que sigan en él y no estorbemos la primera etapa de su luna de miel...

FIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- * — 4. *La vida de la Bohème*, por Marta Eggerht y Jan Kiepura.
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
- * — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- * — 8. *La tumba india*, por La Jana.
- * — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- * — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- * — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
- 17. *Baile en el Metropól*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansenn.
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería ligera*, por Marika Röck y Fritz Kampers.
- 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
- 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
- 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
- 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
- 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwicke.
- 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
- 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
- 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
- 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerht y Paul Hartmann.
- 39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
- 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
- 41. *Quesos y Besos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
- 42. *La hija de Drácula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
- 43. *El beso revelador*, por Warren William y Gail Patrick.
- 44. *El ocaso del poder*, por Buck Jones y Dorothy Dix.

* Agotadas.

En preparación

CONCIERTO EN LA CORTE, interpretada por
MARTA EGGERHT

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA

